

PILAR SÁNCHEZ VICENTE

La HIJA *de*
las MAREAS

Por la autora de *Mujeres errantes*.



En el año 1820 Andrea Carbayo de Jovellanos escribe sus memorias para dejar constancia de las aventuras y desventuras que la llevaron al lugar donde se halla, perseguida por la intransigencia del inquisidor Valdés.

Reviviremos su infancia en Obiedo y viajaremos con ella a Oxford, donde, disfrazada de hombre, asistirá a la presentación de importantes descubrimientos para la medicina actual. En París vivirá de cerca la Revolución con su inseparable Olympe de Gouges, volcándose en la lucha por los derechos de las mujeres y en su trabajo en la imprenta. Un oficio, el de impresora, que ejercerá también en Gixón a su regreso. Será entonces cuando conozca a su padre y disfruten ambos de fructíferos paseos por el arenal. Directora de una escuela para niñas desfavorecidas, fundará un periódico que desempeñará un papel clave durante la guerra de la Independencia. Este conflicto bélico, que asolará la región convirtiéndola en un escenario dantesco, conducirá a Jovellanos a la muerte, facilitando que Valdés culmine su venganza sobre ella.

Ilustrada, intelectual, tertuliana, escritora, traductora, maestra... Andrea fue una precursora en muchos aspectos, sin que ello impidiera que fuera borrada de la Historia, como otras tantas mujeres en toda época y lugar.

En 2021, cuando se cumplen 210 años de la muerte del ministro y prócer gijonés Gaspar Melchor de Jovellanos, la publicación de este manuscrito y la extraordinaria revelación de una hija secreta agrandan la leyenda sobre tan ilustre personaje.

A todas las mujeres protagonistas de sus vidas
cuyo nombre ha sido borrado de la historia.
Su anonimato no les resta grandeza
y nuestro brillo no alcanza ni a su sombra.
Rescatar su memoria es vencer al tiempo y al olvido.
Va por ellas. Va por todas.

PETICIÓN DE LAS DAMAS POR LA LIBERTAD A LA ASAMBLEA NACIONAL

Cuaderno de Quejas. París, 1789

Sin duda es sorprendente que después de haber dado tan grandes pasos en la vía de las reformas y haber abatido el bosque de los prejuicios, decretando la igualdad de derechos para todos los individuos, hayáis excluido de puestos, dignidades y honores a la mitad de los habitantes de este vasto reino. [...] ¡Ah, ilustres señores!, ¿nosotras seremos las únicas para las que siempre existirá la Edad de Hierro? [...] ¡Atreveos a reparar a nuestro favor las antiguas injusticias de vuestro sexo! [...]

PROYECTO DE DECRETO:

La Asamblea Nacional, queriendo corregir el más grande y universal de los abusos y reparar los daños de una injusticia de seis mil años, decreta y declara lo siguiente:

1. Todos los privilegios del sexo masculino son entera e irrevocablemente abolidos en toda Francia.
2. El sexo femenino gozará para siempre de la misma libertad, las mismas ventajas, los mismos derechos y honores que el sexo masculino.
3. El género masculino ya no será mirado, incluso en la gramática, como el más noble, puesto que todos lo

son.

4. Ya no se incluirá en actas, contratos, obligaciones, etcétera, la cláusula insultante de autorización del marido, pues ambos deben gozar dentro del matrimonio del mismo poder y la misma autoridad.
5. Los pantalones ya no serán exclusivos del sexo masculino, sino que ambos sexos tendrán derecho a llevarlos.
6. Cuando un militar, por cobardía, comprometa el honor francés, no se le degradará vistiéndolo de mujer, pues ambos sexos son igual de honorables.
7. Todas las mujeres podrán ser admitidas en asambleas de distrito y departamento, nombradas en cargos municipales y elegidas diputadas en la Asamblea Nacional, respetando siempre la ley electoral.
8. También podrán ser promovidas a cargos de Magistratura.

PREFACIO

Gixón, septiembre de 1395

Las tropas de Enrique III, rey de Castilla, tienen sitiada la villa de Gixón. Es una península fortificada cuya única entrada consiste en un pasillo de arena cenagosa que se borra durante la pleamar. Llevan más de un mes castigando la inexpugnable fortaleza con artillería y van a probar una nueva máquina militar: la bombardarda. Este cañón, procedente de Lombardía, tiene un tiro de mucho mayor calibre y el ruido de sus disparos es atronador. La población lleva años sufriendo cercos intermitentes y nunca ha oído un estruendo semejante. El pánico se apodera de sus habitantes. Rodeados de cadáveres y ya sin nada que llevarse a la boca, corren despavoridos y alguno se arroja desde L'Atalaya.

La defensa corre a cargo de la condesa Isabel de Viseu, esposa del poderoso noble asturiano Alfonso Enríquez, que ya se había levantado en armas contra la Corona castellana en 1388; como represalia, la región resultó devastada y la villa parcialmente derruida. Para frenar su ambición, el padre de Enrique III decide unir el título de príncipe de Asturias a su primogénito y que el territorio del Principado se herede para siempre vía mayorazgo. Así da por cerrada la victoria y asegurado el sometimiento de los insurrectos.

Sin embargo, el pertinaz matrimonio no se rinde. Desde el verano anterior, la región está nuevamente en guerra y Gixón se ha convertido en su último refugio.

Decidido a expugnar la plaza fuerte, Enrique III ha mandado construir un palenque y varias bastidas para ro-

dearla. Las torres de madera sobre ruedas sobresalen por encima de la estacada y, desde lo alto de sus cobertizos, los soldados arrojan dentro de los muros flechas ardientes, balas y piedras. Han preparado tantos puentes levadizos como castilletes y están prestos a entrar para asestarle a la villa el golpe definitivo.

Será al día siguiente.

Alfonso Enríquez ha partido hacia Francia en busca de ayuda. Su mujer tiene consigo algunos caballeros y gentes de valor, pero sabe que la hora de rendirse ha llegado. De los doscientos hombres de armas y cuatrocientos escuderos con que contaba, quedan menos de seis ballesteros y un puñado de los últimos. Perdida la esperanza de recibir ayuda exterior, Isabel ofrece la capitulación a cambio de recuperar a su primogénito, prisionero del rey. Este cede, deseoso de poner fin a la liza. El rehén liberado avanza hacia la muralla y las puertas se abren para recibirlo, pero nadie sale. Cuando Enrique III ve que se cierran tras el muchacho, ruge furioso, temiéndose víctima de un nuevo engaño.

Isabel abraza a su hijo y lo arrastra hacia palacio. Allí sus hombres le comunican que tienen una embarcación preparada junto a una gruta en la punta de San Pedro. Si los vieran huir, el caos aumentaría, por eso Isabel dispone que salgan en el más absoluto secreto. Mientras se reparan suministros y pertrechos, se encierra en sus aposentos. En un cofre forrado de mullido terciopelo mete hasta rebosarlo las diademas de oro, sus collares de perlas, los pendientes, esmaltes, anillos y brazaletes. Llena dos sacos de cuero con monedas de oro y vuelve al salón. Acciona la palanca disimulada como un pebetero y el armario descubre el panel trasero dejando a la vista un pasadizo que los conducirá bajo tierra hasta la costa. La condesa pide cerrar la comitiva, pues va a hacer algo que no quiere cargar en la conciencia de ningún otro. Tras muchas vacilaciones

y en contra de su idea inicial, así lo ha decidido. Siente un nudo en la garganta, pero no retrocede.

Si Gixón no es de ellos, tampoco lo será de Castilla.

Espera a que pase el último para coger una antorcha. Entonces lanza el blandón de cera con sus cuatro velas sobre las alfombras, que prenden como yesca. Luego arroja otra sobre los cortinajes que cubren las paredes. Se da la vuelta, cierra el panel y avanza con lentitud, arrastrando la pesada caja de joyas. Ya en el pasadizo, comprende el problema: son demasiadas personas y mucho peso para una barca tan pequeña. Pero son los suyos más fieles y sus hijos, no puede dejarlos atrás. Así que opta por ocultar el cofre en un recodo hasta que pueda regresar a por él, y se lleva tan solo el dinero.

Jamás volverá.

Los gritos empiezan cerca del palacio y se propagan rápido: «¡Fuego! ¡Fuego!». Las llamas, animadas por el fuerte viento, no tardan en levantarse por encima de las almenas cubriendo el paisaje de humo y de cenizas. El olor a madera quemada y a carne chamuscada pronto lo inunda todo. Antorchas humanas se tiran desde lo alto de los muros y vuelan por los acantilados. Los barcos fondeados en labores de vigilancia no dudan en acercarse para rescatar a las mujeres y a los niños que se arrojan a la mar como último recurso. El incendio facilita la huida de la condesa y su séquito, que logran atravesar el cerco marítimo sin sobresaltos. Con lágrimas en los ojos, Isabel de Viseu ve arder su sueño.

Como un fantasma, la embarcación se aleja entre la niebla.

La mayoría de los habitantes de Gixón mueren o son hechos prisioneros. En cuanto el fuego se consume, Enrique III ordena allanar los restos humeantes del solar para impedir un nuevo asentamiento. Solo deja en pie la torre de un palacio a la entrada de la villa para que quienes la vean en siglos venideros recuerden que otras más altas

cayeron y no tengan tentaciones de alzar sus pendones contra el rey de Castilla. No conforme con eso, el monarca prohíbe a los supervivientes el comercio por mar.

Gixón delenda est, hubiera dicho Catón.

Octubre de 1895

Quinientos años después, Rita la Aguadora observó que de su pozo no salía agua y bajó atada con una cuerda por la cintura; durante el descenso, una corriente de aire le levantó las faldas y le apagó el candil. Convencida de haberse topado con el mismísimo diablo, mandó a voces que la subieran; luego aseguró a quien quiso escucharla que aquel hueco estaba endemoniado.

Como dependía del pozo para vivir, le encargó la obra a un carretero vecino suyo. El hombre estuvo unos días sacando tierra y piedras. Al finalizar, el agua cubría el fondo de nuevo, pero él nunca más cogió la carreta. Tras aquel trabajo empezó a mostrar un inusitado tren de vida, ganándose el apodo de El Pollo de Oro. Cuentan los más viejos que encontró el tesoro de la condesa Isabel y, casi al lado, unos papeles envueltos en un trozo de lino astroso fajado con un balduque.

Y, según dicen, vendió aquel manuscrito junto con las alhajas.

Años más tarde, mi bisabuelo, un apasionado bibliófilo, le compró un lote de documentos antiguos a un mercader de libros en las tiendas del Aire. Metidos en una caja de zapatos, estuvieron durmiendo en el desván de nuestra casa hasta que la vendí cuando fallecieron mis padres y tuve que vaciarlo. Al levantar la tapa de cartón me encontré unos papeles enrollados y envueltos en un trapo viejo sujeto con una cinta roja. En cuanto empecé a ojearlos, me di cuenta de la bomba que tenía entre las manos. Contendían una historia desconocida referente a un prócer sobre

el que ya se había escrito todo. O eso pensábamos. Y la
autoría planteaba una incógnita aún mayor:

¿Quién era Andrea Carbayo de Jovellanos?

*En el año del Señor de 1820,
en la villa de Gixón,
en el Principado de Asturias,
yo, Andrea Carbayo de Jovellanos,
escribo mis
MEMORIAS
para la posteridad
explicando cómo llegué hasta donde me hallo
y las aventuras y desventuras
que me acontecieron en el camino
sin esperar por ello fama, gloria o aplauso.*

1

Que trata del nacimiento de mi madre y de qué forma mi abuela Carola entró a servir en casa de los Jovellanos

Estaba rebuscando almejas en el arenal cuando el cielo se tornó sanguino y del fondo de la mar emergió un monstruo gigante, sin escamas ni plumas, con más de ocho brazos, tan largos como gruesos, y bocas repartidas por los miembros. Asustada e inmóvil, percibió cómo el agua iba hundiendo lentamente sus tobillos en la arena mientras aquella colosal criatura avanzaba hacia ella agarrándose a las peñas y mirándola con un ojo negro amenazante y unas fauces tenebrosas. Solo el angustioso despertar la libró de una muerte segura, pues, como suele suceder en los sueños, intentaba correr y no podía.

Mi abuelo Andrés había pescado la tarde anterior una lubina que permanecía entera en el cubo con otros pescados listos para su venta. Sin decirle una palabra, mientras él desayunaba, mi abuela Carola la abrió en canal con pulcritud y presteza, invocando a la Virgen del Carbayu. Por poco se corta del susto al ver su interior. Espantada, extrajo de sus tripas un pequeño calamar, una miniatura exacta a la que había perturbado su sueño. Primero lo interpretó como un indicio de que la criatura que llevaba en su vientre nacería sin vida, pero cuando avistó a media mañana el humo de la hoguera en lo alto de L'Atalaya se temió algo mucho peor. Las voces de «¡Ballena a la vista!» se extendieron como la pólvora por las callejas, y ella se santiguó aprensiva. Al fin y al cabo, si el *nasciturus* se malograba,

siempre podría quedarse embarazada de nuevo. Sin embargo, otro marido como Andrés no lo encontraría.

Intentó detenerlo.

–Tengo una premonición, no vayas...

Mi abuelo salía ya corriendo y solo frenó el paso un instante para acariciarle la prominente tripa, cada vez más baja.

–¡Te equivocas de señal! ¡Nuestro hijo viene con un pan debajo del brazo! Por la última ballena sacamos de provecho para el gremio más de mil quinientos ducados. ¡Tendrás saín sobrante para iluminar tu escondite! –Le guiñó un ojo al marchar.

Mi abuela volvió a santiguarse, pese a su poca fe.

Notó una contracción y, achacándola al miedo, le restó importancia. No era la primera, pero todavía le daban espaciadas. Con la torpeza propia de su estado, inició la subida al cerro, donde ya había varias personas contemplando la maniobra y apostando quién llegaría primero. No en vano, los más diligentes se llevarían la aleta, además de porción doble de grasa. Se detuvo, sintiendo otro espasmo en el bajo vientre. Varias mujeres la adelantaron con grandes zancadas.

–¿Adónde vas con esa barriga, Carola? ¡Mira, mira! ¡Ya asoman!

Aceleraron el paso dejándola atrás.

Varios botes balleneros salían por la bocana de la dársena en desenfrenada carrera, seguidos por alguna trainera al rebufo, por si caía algo. Carola distinguió la embarcación de su hombre, con el casco pintado de verde y rojo, y oyó sus voces animando la maniobra. En lugar de seguir el sendero costero, acortó por una empinada cuesta hasta la diminuta capilla de Santa Catalina. Situada al borde del acantilado, al lado del fuego del vigía, marcaba el punto más al norte de la villa y sus campanas avisaban de la llegada de los barcos. Se arrimó a la pared invocando la protección de la Virgen, mientras las piernas se le doblaban

con la siguiente convulsión. Apoyó la frente en la piedra, jadeando, sin apartar la vista de la mar. El bote de Andrés volaba sobre las aguas con la vela hinchada, y tuvo tiempo de ver cómo llegaba el primero, cumpliendo su promesa. Sonrió débilmente. El cetáceo soltó un chorro de agua al cielo por sus orificios nasales al mismo tiempo que Carola notó el líquido caliente resbalar por sus piernas.

Su grito pasó desapercibido entre los del resto.

Mi abuela apartó la saya y parió en cuclillas, haciendo fuerza contra el muro, mientras vislumbraba el desigual enfrentamiento entre los pescadores y la ballena. De los animales marinos, la ballena es el mayor y se considera la reina por su grandeza y enorme tamaño. Tiene la boca casi en la frente y al nadar arroja al aire grandísimos golpes de agua, pues carece de agallas. El monstruoso pez era visible desde ambos lados de la península y la multitud jaleaba a los sufridos marineros tanto en el puerto como desde los arenales. En lo alto del cerro todos mantenían la vista puesta en tan singular batalla, sin atender a la que Carola estaba librando en soledad a sus espaldas.

Intentó concentrarse en la respiración, había asistido a otras a alumbrar a sus hijos y sabía cuál era la mejor ayuda: tranquilizarse y respirar. Sin perder de vista la mar, notó el desgarró en las entrañas y cómo la criatura iba encajándose, abriéndose paso, buscando su salida natural. En cuanto le palpó la cabeza ya fuera, puso debajo el mandil para que no cayera en tierra y empujó hasta que, con el último esfuerzo, supo que se había vaciado. Fue un parto rápido para ser primeriza, pero no le evitó agudísimos dolores y un abundante sangrado. Con la vista nublada, la cogió en brazos para acunarla. Estaba cubierta de mucosidades y era diminuta, pero era suya.

Tras cortar con su cuchillo el cordón umbilical y hacerle un nudo, se dirigió a lavarla en la Fontica. Los chillidos de la recién nacida bajo el agua fría alertaron a las vecinas.

—¡Carola ha parido! ¡Es una niña!

—¿Estás loca? ¡No hagas disparates! Vas a matar a la pequeña. Anda, vamos a casa.

Las mujeres la rodearon y tiraron de ella hasta su vivienda, enfrente del Fuerte. Una envolvió a la niña en su toquilla, apretándola contra el pecho para darle calor. Carola se resistía, no quería perder de vista a su hombre, convencida de que, si dejaba de verlo, el frágil hilo que lo unía a tierra se rompería. Al final, no tuvo más remedio que ceder.

En la mar, la lucha era encarnizada.

Habían intentado lancearla y la ballena había escurrido el bulto sumergiéndose. Si no lograban engancharla, se les escaparía y el invierno se les haría más duro. Bastante lo era ya. Tras varios intentos fallidos, Andrés invocó a la Virgen de la Soledad. Puesto de pie en la proa, desenrolló la cuerda que llevaba alrededor de la cintura y le lanzó el arpón. Clavó la flecha con acierto. El gigante malherido lanzó un bramido y de un inesperado coletazo destruyó la barca para luego hundirse a toda velocidad arrastrándolo hacia el fondo.

L'Atalaya quedó en silencio haciendo audibles los lejanos gritos de los náufragos. El monstruo marino desapareció por el horizonte lanzando bufidos. Recuperaron los cuerpos de sus compañeros. Varios marineros fueron rescatados vivos por otras lanchas, pero el valiente arponero nunca apareció. Cuando fueron a comunicárselo a Carola, la encontraron recostada contra la pared, abrazada a la pequeña. Por su expresión supieron que lo había adivinado.

—¡Ay, la niña, perder al padre el mismo día que nace! ¡Y no tener dónde ir a llorarlo! —se lamentó su vecina.

—Dios me ha quitado el marido y me ha dado una hija para que lo recuerde. Se llamará Gloria, y Andrés, que en la gloria esté, habitará en ella.

—¡Pues salió igualita a ti! Se le ve por el pelo, mira qué rojo...

Mi abuela dio un respingo.

* * *

La abuela de Carola, mi tatarabuela, había heredado por vía materna el oficio de curandera y tenía fama de sanar a los enfermos desahuciados. Era natural de la villa de Gixón, de donde había tenido que marcharse a causa de la denuncia interpuesta por el médico, que veía cómo sus clientes cambiaban de mano restándole beneficios. Había oído hablar de un sitio no muy lejano, a menos de tres horas a pie, famoso por su energía telúrica. De los tiempos ancestrales quedaban las ruinas de una basílica paleocristiana, y mi tatarabuela levantó su cabaña aprovechando el paramento semicircular del ábside.

Con ella iban su hija y su nieta Carola.

Instalarse en Veranes no le impidió seguir ejerciendo; al contrario, los poderes milenarios de aquel lugar, sagrado en la Antigüedad, atrajeron a más gente y algunos peregrinaban incluso desde Tineo, atraídos por la posibilidad de un milagro. Se corrió de tal forma la voz que acondicionaron una nave lateral del edificio derruido para acoger a los enfermos. En primera instancia los atendía su hija, y Carola también colaboraba aunque todavía era una niña. Cobraban la voluntad, casi siempre en especies, y los menesterosos les pagaban con trabajos manuales.

El cobijo de ramas pronto fue de piedra y de madera, y entre todos levantaron el cobertizo para evitar inundaciones durante las frecuentes lluvias. Una pobre mujer se ofreció a servirles de cocinera y una familia pudiente que recurría a sus artes alguna vez se presentó con un cerdo. Entre unos y otros, a las tres mujeres no les faltaba de nada. Cada noche le daban gracias a Dios.

En Gixón, el patriarca de los Valdés tenía a su primogénito aquejado de una fiebre maligna muy aguda. Cuando vio peligrar su vida y que ni las oraciones ni las sangrías